



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9350

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 125 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

VIERNES 30 DE DICIEMBRE DE 1892.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubour Montmartre, 31.

EL REY DE LOS ANISETES

Fabricado por Don Miguel Sola, de Sabadell
CUATRO CLASES

superior, extrablancos, extramarillo y rancio

El expresado licor está fabricado con alcohol perfectamente etílico y anís de excelente calidad; conteniendo además una corta cantidad de azúcar, siendo la proporción de este tal, que contribuye á darle un precioso bouquet.

Estimula suavemente la membrana mucosa del estómago, activando la secreción de sus glándulas; aumenta el apetito y obra sobre la digestión de un modo notable.

Obra además como carminativo y anodino evitando la formación de gases y calmando los dolores abdominales de forma neurálgica á que están tan propensas ciertas personas é imprime tono y energía á los grandes nervios que presiden las funciones de asimilación.

Puede pues, asegurarse que el licor *El Rey de los Anisetes* es altamente higiénico y de grandes cualidades no solamente como estomacal, sino como tónico neurosténico de todo el organismo.

De venta hoy, casa señora viuda de Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomás García, Caridad 4; D. José María Ramón, plaza de Roldán 7; D. Juan Ruiz León, Gloria 21, y D. José Ruiz, Comedias 5.

Unico representante para la provincia, D. Fernando Giménez de Berenguer, calle de San Fernando, 39, Cartagena.

ANTIGÜEDADES

Se compran, y con preferencia, alhajas, tapices, bordados, encajes y muebles franceses.

Hotel de Francia, habitación número 4.

M.^{me} LEONIE BROUTIN,
MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un magnífico y original surtido de sombreros, su representante doña Pura Díaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3, PRINCIPAL.

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chauberski, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

APUNTES

para una investigación filosófica de nuestra decadencia política.

II.

A estas horas aun no hemos resuelto cual es el mejor sistema para escribir la historia: si la narración escueta de los hechos en estilo seco, sin contornos ni figuras, como la escribía Tucídides, ó la forma semi-novelesca, en que alternan los sucesos con las consideraciones que los mismos le sugieren al autor, como hace Cesar Cantú. No sabemos si debe emplearse el método inductivo, como pedía lord Bacon para la filosofía, ó el método deductivo. Ignoramos si lord Macaulay tenía razón contra los historiadores antiguos; si es la única historia legítima la de la escuela de Gibbon, ó la de Carlyle; si lo único que cabe dentro de la obra histórica son las reformas intentadas por Mignet; si debemos considerar todavía á Tácito como modelo de historiadores; ó debemos más bien adoptar uno de los moder-

nos sistemas, puestos en uso por Thiers-Lauren, ó nuestro célebre Lafuente. (Del nuevo método *descubierto* por Rafal Altamira no hablo, porque ni le conozco, ni creo que pueda sacarnos del apuro.)

Hasta ahora, todas las historias del mundo, descartando broza y consideraciones que no responden más que al criterio, amplio ó estrecho, del autor, vienen á reducirse á la representación de los hechos más salientes ocurridos en épocas relativamente modernas, y á la vida y milagros, más ó menos auténticos, de reyes, emperadores y grandes personajes, arreglados por orden cronológico, como hace notar Spencer. Batallas y reinados, reinados y batallas; he aquí toda la historia escrita. ¿Y las primeras causas de todos esos hechos acumulados en muchos siglos de vida racional? ¿Y la lección constante, incontrovertible, sabia, que se desprende de esa evolución perpétua, que sufre la raza humana desde sus primeros balbuceos? El gran *político* inglés (note-se que le doy á la palabra política su verdadero sentido filológico, y no el que se le da en España, que se llama política á otra cosa) hace notar esta falsedad fundamental de la historia; pero no la resuelve.

Ello es que carecemos de una legítima historia de la humanidad. (La de Laurent está muy lejos de poderse tomar como modelo de lo que pide Spencer.) Hay, sí, una filosofía de la historia; pero en mantillas. Es más cómodo filosofar al aire, que ir arrancando de los hechos, y paso á paso, una ciencia exacta, segura, firme, infalible, como se requiere que sea la futura ciencia sociológica, ó sea política, según el gran pensador inglés antes citado. Para lo primero solo se requiere imaginación y tiempo; para lo segundo un talento sólido, una instrucción vasta y segura y una sangre fría á toda prueba, para no apasionarse y que surjan del apasionamiento apreciaciones falsas, consecuencias ilógicas, sofismas en vez de deducciones.

Según los modernos descubrimientos de la geología, la osteología y la antropología, no cabe que la historia sea un arte, que puede ejercer cualquiera, sin más que consultar historias más antiguas y regis-

trar archivos. Viene por lo dicho, á convertirse la historia en especie de ciencia universal, resumen y como compendio de todas las otras ciencias mancomunadas. Donde han ido la osteología y la antropología á investigar la probable antigüedad del hombre, preescindiendo por completo de las puras imaginaciones de Zimmerman y Figuer, allí debe ir la historia á buscar su fundamento.

Y no paso de aquí, porque por este camino llegaría demasiado lejos y estaría en terreno casi ageno al asunto que me he propuesto tratar en estos artículos.

Volvamos al principio. De la vida de la humanidad no conocemos más que unos cuantos hechos de bulto, y sus causas más superficiales, así como sus más inmediatas consecuencias, entre estos hechos existe un encadenamiento seguro que la razón adivina, que la lógica demuestra, pero que no puede buscarse en los libros. ¿Qué ley de relación aparente hay entre las matanzas llevadas á cabo en la India por los *thugs*, cumpliendo las prácticas de una religión idólatra, y la revolución francesa, pongo por caso? Ninguna, y sin embargo, las atrocidades de los adoradores de Siva son el eslabón de una cadena de que la revolución francesa es el eslabón más reciente. ¿La evolución de la continuidad, como aseguran muchos. Pero ¿quien descifra esa ley misteriosa que une tantos eslabones entre sí? Siempre ignoraremos cual fue el primer eslabón, ni nunca acertaremos á sospechar cual pueda ser el último.

Pero, para mi objeto, bastante enseñanza ofrecen estos hechos aislados y secretos que conocemos.

De lo que dije en mi primer artículo, y de las consideraciones que llevo hechas en este, se desprende que en la historia, sin repetirse hechos idénticos, precisamente, se observa una cierta afinidad entre el engrandecimiento y la caída de pueblos y razas muy separadas entre sí. Civilizaciones que nacen y se desarrollan penosamente en pueblos jóvenes, repletos de sangre y de vida; crecen, llegan á cierto límite, se desbordan é invaden países más ó menos contiguos, á quien la invasión sorprende poco menos que en estado salvaje, y cuando en este nuevo país ha tomado incremento, adaptándose á la nueva raza y amoldándose al nuevo ambiente, al pueblo en cuyo seno nació, que la alimentó á sus pechos, que la dio vida, que la difundió, se le ve volver hacia el punto de salida, entontecerse y caer muy abajo, quedándose estacionario en un estado que participa de la barbarie y de la estupidéz.

No se conoce civilización más antigua que la china. Tal vez antes de esta hubo otras razas cultas y sabias que cayeron y han desaparecido sin dejar rastro alguno. De la China tomó la India aquella cultura que la distinguió durante muchos centenares de años. Detrás vino la Persia, despertada á la vida intelectual por Zoroastro; y de esta cuna de la sabiduría, ilustración y arte que se llama Asia, sacó el Egipto su grandiosa época de

prosperidad, poderío y cultura, durante el reinado de los Faraones. Grecia fue la sucesora de Egipto, y la que á mayor altura subió, en la esfera artística por lo menos. Luego Roma, reina del mundo, reunió en sí la civilización universal, derrumbada por los tártaros (hoy turcos) cuando por su propia corrupción y las sucesivas invasiones de visigodos, suevos y hunos estaba por demás decaída. Entre tanto, y á medida que la civilización iba pasando de país en país, los otros pueblos volvían sucesivamente atrás y se iban relajando, embruteciendo, perdiendo inteligencias y mirando el estado primitivo.

Véase lo que es hoy la China, lo que es la India, lo que es el Egipto (cuna verdadera del arte de curar y de esa ciencia astrológica, madre de nuestra moderna astronomía), lo que es Grecia, en lo que ha venido á parar el antiguo imperio romano.

Es lógico suponer que China tomó su civilización de otra raza, ó país, hoy desaparecida, y que este á su vez lo adquirió de otro más antiguo, y así sucesivamente hasta llegar á las primitivas sociedades. Tomando la cadena en sentido contrario, en orden cronológico directo, veremos que los eslabones han venido sucediéndose hasta nuestros días y llevan camino de seguir idéntico modo de superposición, como estudiare mañana.

MANUEL BIELSA.

Cartagena 29 Diciembre 1892.

LITERATURA EXTRANJERA

LA HERMANA MARTA

Los estudiantes que el año 1869 estaban practicando en el hospital de la Piedad, se acordarán, como yo, de la hermana Marta.

Tendría en aquella época, treinta años; no era ni fea ni bonita, pero sí extraordinariamente simpática. Ejercían poderosa atracción, la dulzura de su rostro, sus ojos expresivos velados siempre por una nube de tristeza y su aspecto que no era ciertamente el aspecto seco y rígido de sus compañeras. Bastaba hablar con ella breves instantes, junto al lecho de un enfermo para comprender que su naturaleza sensible no había sufrido alteración alguna en la vida del claustro.

Aunque la hermana me llamaba sonriendo, *herreje*, no se mostró nunca reservada conmigo y satisfizo mi curiosidad dándome algunos pormenores de su pasado.

He aquí su historia á grandes rasgos. Había amado ardientemente á un hombre que la olvidó.

Aquel horrible desengaño, al matar sus más halagüeñas esperanzas, la arrastró á un convento. Fiel á su primer amor marohaba desde entonces por el mundo, sufriendo y consolando á los que sufrían atenta sólo al cumplimiento de su penoso deber, endulzando sus amarguras con la satisfacción de ser útil á sus semejantes y con los recuerdos de su pasada dicha.

Más de una vez la oí exclamar:

«Si yo hubiese tenido un hijo me consideraría feliz por que á él hubiera consagrado todas las energías de mi cuerpo y todas las ternuras de mi alma.

El sentimiento de la maternidad era tal vez el que predominaba en ella... Cuántas veces recordaba con lágrimas en

los ojos el asilo de huérfanos de su provincia, donde había permanecido deado que renunció á los placeres del mundo hasta que fue trasladada al hospital de la Piedad. Allí al menos á falta de un hijo propio, podría amar á los hijos de otros seres.

Se complacía mucho en referir escenas de su vida anterior en las que desempeñaban importante papel los huérfanos que tuvo á su cuidado y hablaba de ellos con el entusiasmo, con la alegría, con que una madre relata las gracias de sus hijos.

En casi todas sus conversaciones salía á relucir una niña de cinco años, una pobre huérfana pequeñita, tan pequeñita que en el Asilo le llamaban *Veinticinco centímetros*.

No tenía padre ni madre y la hermana Marta procuraba reemplazar dignamente á esta última. Pero la pequeñuela acordábase mucho de su mamá y gritaba tan dulce nombre muy á menudo.

—¿Quiéres que yo sea tu mamá?—decía la hermana Marta besando á la niña y estrechándola contra su seno y la niña hacía un delicioso mohín moviendo la cabeza negativamente.

A fuerza de atenciones y de caricias fue aquella conquistando el corazón de la preciosa criatura que al cabo de algún tiempo daba á su protectora el nombre de «Mi ángel», nombre que tantas veces había escuchado de labios de la infortunada mujer que la llevó en sus entrañas.

—Siempre que podía—me dijo en cierta ocasión la hermana Marta—guardar y biscochos y se los daba á escondidas de las demás niñas y de mis compañeras. ¡Pobre amor! Con su inteligencia viva y delicada comprendió muy pronto que nadie la amaba, que nadie había de amarla allí tanto como yo; y, correspondiendo á mi cariño, que á nadie llegó á confiar, secretos infantiles, doradas ilusiones de la niñez... Hablaba y reflexionaba como una vieja. En esos ratos de dulces expansiones, me la quería comer á besos.

Aproximábase Navidad me dijo en otra ocasión en que evocé los recuerdos del pasado—y *Veinticinco centímetros* me habló así:

—Cuando yo tenía mamá puse una noche mis botas en el balcón y pasaron los reyes y me las llenaron de dulces y me dejaron también una muñeca, una muñeca muy bonita, vestida con un traje de color de rosa, una muñeca rubia con zapatos blancos...

Después de decir estas palabras, dió un suspiro y se quedó muy triste. Yo me separé de su lado y me fui á llorar, á un rincón del jardín. Así que desahogué mi pena me puse á reflexionar en los medios de que podía valerme para regalar á aquel pedazo de gloria una muñeca...

¿Qué hacer? Nos estaba prohibido poseer dinero. La superiora era una mujer severa, rígida y siempre que se le pedía algo para obsequiar á los niños contestaba con sequedad: «Las almas caritativas que nos ayudan á educarlos quieren darles lo necesario, pero no lo superfluo. Se les proporciona alimento, vestidos y enseñanza. No les hace falta más.»

Pero sucediera lo que sucediera, yo estaba firmemente decidida á dar una alegría á *Veinticinco centímetros* y acordándome de que era poseedora de una cruccita de oro encontré la solución del problema. Por mediación de una buena mujer que venía al asilo una vez á la semana en busca de la ropa blanca confeccionada en el obrador, la cruccita fue á parar á manos de un platero.

Algunos días después le dije á mi pequeña: «Aquí no se pueden poner las botas en el balcón, pero si colocarlas á